

En el homenaje a Gustavo Pérez Ramírez

Agradezco a quienes han tenido la iniciativa de celebrar los 90 años de Gustavo con esta invitación y este acto que nos permite disfrutar por unos momentos de su presencia y revivir momentos de nuestra historia que dejaron huellas profundas en quienes nos encontramos aquí, y tener el privilegio de compartir con un testigo excepcional de procesos y eventos que marcaron nuestro caminar en la búsqueda de ideales de nación justa y humana.

En nuestra historia polarizada, conflictiva y violenta, hay muchas clases de miradas hacia el pasado. Ordinariamente la historia se escribe desde los poderes dominantes, desde los grupos y los partidos que han usufructuado el poder y que necesitan legitimarlo permanentemente ante sus electores para poder continuar usufructuándolo. Colombia ha sido terreno fértil para la configuración de dinastías de facto, de clientelas atadas a circuitos consolidados de corrupción que se perpetúan y que idealizan a sus caudillos para poder repetir interminablemente los ciclos de dominación. Lo que pasa a la historia oficial, ordinariamente, son las gestas y las luchas por el poder que terminan idealizando a los vencedores y ocultando todos los horrores perpetrados en esas luchas y todo el sufrimiento de las mayorías excluidas y victimizadas.

No podemos ocultar el hecho de que la Iglesia Católica y posteriormente otras denominaciones cristianas, se han articulado a esa dinámica de los poderes, no solamente en alianzas impropias con partidos y castas de poder que les aseguraban privilegios, sino, y principalmente, estigmatizando maneras de pensar e ideales sociales y políticos que a todas luces asumían de manera más explícita y racional los clamores de los excluidos, de los sometidos, de los oprimidos. No podemos desconocer que en la Iglesia hizo carrera una censura progresivamente radical que terminó en condenas implacables contra intelectuales, líderes, organizaciones y partidos que se separaron de los dogmas de la economía de mercado y que diseñaron modelos de sociedad más igualitarios y justos aunque lesionaran los privilegios de las aristocracias. La Iglesia tomó partido, y en ese período al cual estamos retornando hoy con la memoria, que contextuó los momentos más decisivos de la vida de Gustavo, llegó a confundir indebidamente elementos de la tradición y de la doctrina cristianas con principios económicos y políticos de las fuerzas dominantes, que analizados retrospectivamente, terminan invalidando valores evangélicos fundamentales.

A comienzos de los años 50 del siglo pasado, en el Seminario Arquidiocesano de San José, en Bogotá, fue naciendo un germen de reflexión que apuntaba discretamente en otra dirección. Se alimentaba de la sensibilidad social de un grupo de seminaristas que comenzó a profundizar en la existente Doctrina Social de la Iglesia y a buscar nuevas lecturas de los problemas sociales, apoyándose en grandes maestros, como lo fue en esos momentos François Houtart, y avizorando la necesidad de unir la ciencia a la reflexión cristiana para poder responder a los clamores de los excluidos de manera integral, sin dejarse cautivar por frías

especulaciones científicas para acercarse, no sólo con la mente sino con el corazón a los grandes desafíos de nuestra convulsionada historia nacional.

En ese momento, la amistad que se tejió entre Camilo y Gustavo fue muy significativa. Si miramos los desarrollos posteriores del pensamiento de Camilo y entendemos que una persona que alberga ideas inéditas necesita un mínimo círculo de resonancia que le permita calibrar los efectos de sus ideas y una retroalimentación continua de las mismas para poderlas consolidar y lanzarlas y compartirlas con círculos más amplios.

En sus escritos autobiográficos, Gustavo nos cuenta que cuando Camilo llegó al seminario, un día se paseaba taciturno, dando la impresión de estar decepcionado. Gustavo se le acercó y Camilo le confesó que realmente no había encontrado en el seminario lo que buscaba, ya que él se había motivado, para iniciar el camino hacia el sacerdocio, en las exposiciones de dos sacerdotes dominicos franceses que mostraban un gran compromiso social. Gustavo lo animó entonces a crear espacios de análisis social dentro del seminario y allí ese germen de compromiso social comenzó a desarrollarse. Era tal el contraste con la formación tradicional del seminario, que el Rector, quien les dio el permiso de funcionar como grupo de estudio, les suplicó que mantuvieran en un cierto secreto la existencia de ese primer círculo de estudios.

Gustavo acompañó a Camilo en ese proceso de reflexión, de análisis, de búsqueda de instrumentos de lectura de una realidad conflictiva que pedía soluciones apremiantes. No sólo lo acompañó en sus años de seminario en Bogotá sino también en Lovaina, Bélgica, donde ambos buscaron capacitarse en ciencias sociales para ejercer un sacerdocio que rompiera con los moldes tradicionales y que se acercara a escuchar el clamor de los oprimidos.

En la vida de Gustavo encontramos una memoria viviente de la vida de Camilo. Llegó a ser un testigo de excepción de la gestación del pensamiento de Camilo,

un pensamiento que, como todos lo sabemos, no es un pensamiento teórico, elaborado en espacios exclusivos y privilegiados de la academia sino un pensamiento forjado en el hervidero de los conflictos y de los sueños humanos; en las minas de carbón de Ans y Rocurt de Lieja, en los desordenados basureros parisienses de los Traperos de Emaús, en los intercambios conflictivos entre estudiantes y pobladores en el barrio Tunjuelito, en las discusiones de los campesinos sin tierra con los funcionarios del INCORA, en los esfuerzos por crear una sociología que partiera de la realidad cruda de los desposeídos y regresara a ellos con propuestas de esperanza y de dignidad.

Gustavo se vuelve a encontrar con Camilo en Colombia gestionando el ICODES como centro de pedagogía social para sectores laicales y para ayudarle al clero bogotano a despejar vías de concientización donde el mensaje cristiano vaya sacando a la luz discretamente las potencialidades transformadoras del cristianismo.

Después de la muerte de Camilo, también a Gustavo se le presentan grandes desafíos que le permiten explicitar su compromiso más radical con la justicia y con la dignidad humana, cuando en el año 70 en el Vichada se destapan las ca-cerías de indígenas Guahibos, promovidas por terratenientes y militares. Junto con el Padre Ignacio González, sacerdote Monfortiano ya fallecido, y un grupo más amplio de sacerdotes, religiosas y laicos, se colocan decididamente y en-frentando todos los riesgos, al lado de los indígenas victimizados y llevan sus denuncias hasta el mismo Congreso Nacional. Una gran polémica se desata en el país, la cual lleva a que los victimarios se rebusquen las justificaciones más inauditas de sus crímenes, como declarar que “ellos no sabían que matar indios fuera un pecado”. En ese proceso de denuncia se viven todas las trampas que han sido clásicas en las décadas siguientes y que miran a negar y encubrir los crímenes, a exonerar a los victimarios y a criminalizar a las víctimas. Los milita-res negaron todo; hubo falsos comunicados que le atribuyeron a una guerrilla inexistente muchas atrocidades que nunca ocurrieron; se esgrimieron leyes y normas que no existían o que sólo se quisieron aplicar a los indígenas; militares, congresistas y altos funcionarios se negaron a escuchar a las víctimas; los avio-nes que debían transportar las comisiones de investigación dejaban a los de-nunciante-s. Gustavo nos dejó consignada en dos libros esta escalofriante de-nuncia, seguida de un análisis minucioso de las estructuras de exclusión y de opresión que contextúan y facilitan los crímenes. Esta denuncia, en un momen-to como el que hoy vivimos, es insumo obligado para una Comisión de la Ver-

dad y debiera serlo para la Jurisdicción Especial de la Paz, ya que se trata de crímenes imprescriptibles puesto que hieren, en los niveles más profundos, la conciencia de la humanidad.

También le agradecemos profundamente a Gustavo su testimonio integral de la vida de Camilo, consignado en su libro: Camilo Torres Restrepo, profeta para nuestro tiempo, escrito en colaboración con el P. Jaime Díaz, también compañe-ro de seminario de Camilo, y con aportes de Fernando Torres, médico neurólo-go, hermano de Camilo; libro que en su tercera edición adoptó para Camilo el título de “Mártir de la Liberación”. Ninguna persona más autorizada para transmitirnos los detalles de esos años en que se forjó el pensamiento de Cami-lo, en profunda conexión con sus vivencias, sus relaciones y sus sueños-

Le agradecemos también a Gustavo su acompañamiento en la conmemoración de los 50 años de la muerte de Camilo. Fueron días de gran importancia para consolidar la memoria de Camilo, en diálogo con muchas personas que compartieron con él momentos claves de su vida.

Las vidas de Camilo y de Gustavo se reforzaron mutuamente para dar naci-miento a una energía liberadora que rompió muchas inercias, desafió muchas sedimentaciones alienantes y abrió caminos inéditos de liberación. Frente a su memoria cobran profundo sentido los versos de Machado musicalizados por Serrat: “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”.

Javier Giraldo Moreno, S. J.

**Gustavo Pérez Ramírez,
90 años de una vida Util**

En el homenaje que se le rindió al Investigador, Historiador y Escritor Gustavo Pérez Ramírez, con motivo de sus noventa años, y de habersele impuesto, por sus múltiples méritos, la Medalla del Congreso de la República, pronunció Enrique Santos Molano, el día 6 de noviembre pasado, las siguientes palabras:

Comienzo por agradecer a la doctora Gloria Gaitán, al padre Javier Giraldo, al honorable senador Alexander López Maya, y a quienes pensaron en mí como uno de los oferentes en este homenaje que se tributa al maestro Gustavo Pérez Ramírez, quien ha cumplido noventa años de una vida asombrosamente fecunda y útil dentro del campo científico, humanístico, docente y de la investigación histórica, enmarcados en el ideal bolivariano de unidad latinoamericana a partir del conocimiento.

Aunque las tendencias del poder que hoy domina en el mundo buscan afanosas bloquear y destruir cualquier intento de unidad latinoamericana y del Caribe, y lo han conseguido en los doscientos años que llevamos de supuesta independencia, desde la desmembración en 1830 de la Gran Colombia soñada por Francisco de Miranda, batallada por Antonio Nariño y llevada a cabo por el Libertador Simón Bolívar, ese ideal también persiste contra todos los obstáculos e intrigas, y ahora se va perfilando, no ya en términos geográficos, sino en los más sólidos del conocimiento científico que conduce al conocimiento entre los pueblos, emanado de los trabajos y estudios de quienes, como el maestro Gustavo Pérez Ramírez, han desentrañado en ellos la esencia del ser social latinoamericano. Sin miedo alguno a exagerar, todo lo contrario, podemos asegurar que el maestro Gustavo Pérez Ramírez tiene en nuestro tiempo, para las generaciones que hoy se preparan a construir el mañana, un papel orientador hacia la libertad por medio del conocimiento, de tanta importancia como lo tuvieron en sus tiempos los sabios naturalistas José Celestino Mutis y Enrique Pérez Arbeláez.

Además de los artículos innumerables, ensayos y estudios destinados a la divulgación de un pensamiento latinoamericano, el maestro Pérez Ramírez, que es doctor en ciencias políticas y sociales, biógrafo de Camilo Torres Restrepo, de quien fue amigo y compañero, miembro de las Academias de Historia de España, Colombia y Ecuador, y secretario para América Latina de la Federación de Institutos de Investigación socio religiosa, ha participado en proyectos de investigación científica monumentales. Uno de ellos, la coordinación del libro *Historia de las Ciencias en el Ecuador*, en el que organizó el trabajo de doce académicos, científicos e intelectuales ecuatorianos, y efectuó la corrección de los textos y su

ordenamiento a fin de ensamblar un conjunto coherente de aspectos científicos, sociales e históricos de la república ecuatoriana, trabajo de varios años, culminado en el 2014. Libro fundamental, elaborado con los variados elementos de la investigación científica, y liberado de los criterios estrecho de la simple tarea historiográfica, tendrá un papel de primera línea para ayudarnos a enfrentar los peligros de deshumanización con que nos amenazan la inteligencia artificial, la robótica y otros inventos de la tecnología más avanzada.

Gustavo Pérez Ramírez conoció muy joven a Camilo Torres Restrepo, fue su amigo y su compañero condiscípulo, testigo de los hechos más importantes de la vida del sacerdote mártir que se inmoló en defensa de sus ideas. Ese conocimiento a fondo de la personalidad de Camilo, movió al maestro Pérez Ramírez a escribir, primero, en la revista *Temas*, de La Habana, el ensayo *Camilo, hombre de fe*, en el que relata las circunstancias y motivaciones que desarrollaron la vocación sacerdotal de Camilo, a finales de la década de los cuarenta.

En los años setenta, el estupendo escritor, y exsacerdote, Walter Joe Broderick, escribió la famosa biografía *Camilo, el cura guerrillero*, rigurosamente investigada, pero cuyo título deja una imagen de Camilo que lo limita a la condición de guerrillero, cuando esa actividad ocupó apenas cuatro o cinco meses en los treinta y siete años de la vida de Camilo Torres Restrepo. Basado en el conocimiento personal que tuvo de Camilo, y de los hechos históricos, sociales, políticos y económicos en los que se desarrolló su existencia, Gustavo Pérez Ramírez emprendió, en colaboración con Jaime Díaz Castañeda, la redacción de una biografía de Camilo, que tituló *Camilo Torres Restrepo, mártir de la liberación* (posteriormente retitulada *Camilo, un profeta para nuestro tiempo*) Los dos títulos no son sensacionalistas como el de Joe Broderick, pero sí nos señalan cuál fue la esencia verdadera que inspiró y alentó la vida y los hechos de una de las personalidades que han plantado huella más honda en la historia contemporánea de Colombia. *Camilo Torres Restrepo, mártir de la liberación*, o bien, *Camilo Torres, un profeta para nuestro tiempo*, se publicó originalmente en 2009 por *Ediciones La Tierra*, de Ecuador. En la presentación del libro dicen el autor y su colaborador: “Escribimos sobre Camilo Torres Restrepo (1929-1966) un humanista cristiano ‘mártir de la liberación, en expresión afortunada de Mons. Casaldáliga, con sus virtudes y aciertos, sus errores y fracasos.

“La obra consta de dos partes. En la primera, reconstruimos la imagen de Camilo para que sea reconocido en su dimensión integral, rescatando su memoria de tergiversaciones. En la segunda, nos referimos a su legado histórico, como cristiano, científico social y revolucionario, para concluir sobre su vigencia.

“El estilo de la primera parte es deliberadamente coloquial, por ser reminiscente y testimonial de los años que convivimos con él. En la segunda parte adoptamos una terminología más académica para analizar al cristiano, al sociólogo, al político, al revolucionario que empuñó las armas”.

Las líneas anteriores nos muestran la importancia y la profundidad del trabajo de comprensión biográfica y humana sobre Camilo Torres Restrepo, investigado y realizado por el maestro Gustavo Pérez Ramírez con la colaboración de Jaime Díaz Castañeda.

Uno de los trabajos de investigación histórica del padre Pérez Ramírez respecto a personajes que han plasmado la historia de Nuestra América, fue la ponencia presentada en el Congreso en Santa Marta de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos (ADHILA), titulada *Espejo y Nariño: Vidas paralelas*. Aquí el investigador se vale del método empleado por Plutarco en su célebre “Vidas paralelas”, y aborda, como Plutarco, no una serie de acontecimientos, sino el carácter moral de los personajes. Traza así un paralelismo moral e histórico impresionante en las vidas del prócer ecuatoriano (también mártir de la liberación) Eugenio Espejo, y el precursor libertador colombiano, Antonio Nariño. Las vidas de esos dos forjadores de libertad, como las describe en su paralelo el maestro Pérez Ramírez, tienen tantas similitudes y coincidencias (además de que se conocieron personalmente y conspiraron juntos) que nos inducen a pensar en el poder de la Internet de su época, la Internet mental de La Ilustración, o telepatía, que hacía que una o más personas estuvieran pensando lo mismo que otras, y asumiendo actitudes similares, a mucha distancia entre ambas. El método empleado por el maestro Pérez Ramírez en sus *Vidas paralelas* de Espejo y Nariño, resulta así mismo el más adecuado para inculcar y enseñar el conocimiento histórico como un motor de la memoria, de esa memoria que quieren borrarlos quienes están interesados en que olvidemos, porque el olvido de los pueblos es lo que los hace esclavos, es el arma más poderosa con que cuentan los dueños del poder para defender sus privilegios.

Contra esa “peste del olvido”, que padecen los habitantes de Macondo, y que Gloria Gaitán llama atinadamente *memoricidio*, la obra del maestro Gustavo Pérez Ramírez es un antídoto que no podemos ni debemos dejar de tomar.

Gracias, maestro Gustavo, por una vida tan valiosa como la suya dedicada al servicio de sus compatriotas latinoamericanos, a la difusión del humanismo y a la tarea de la liberación. Para enfrentar el futuro que se avizora difícil, con certidumbres asustadoras, necesitaremos que existan muchas personas como usted.

Enrique Santos

Discurso en el salón de La Constitución del Congreso Nacional de Colombia el 6 de noviembre de 2018

Distinguido Senador, Alexander López Maya, oferente del homenaje; Señoras/es del Congreso Nacional; filósofa, Lilia Solano, organizadora del acto, Fernando Torres, director de Kaired; Padre Javier Giraldo, ilustre Jesuita, Enrique Santos

Molano, escritor independiente: reconozco la generosidad y bondad con que acaban de referirse a mí, quienes han tomado la palabra. Para cada uno, mis más sinceros agradecimientos.

Asimismo, saludo a mi esposa, escultora Fina Guerrero Cássola, a mis hermanas, Beatriz y Cecilia, aquí presentes, y hago memoria de mis hermanas Lucero y Marielena, que partieron para la eternidad, cuyos hijos están con nosotros con los demás parientes y amigos, en particular, la economista Gloria Gaitán y demás promotores del evento.

Ante todo, mis más profundos agradecimientos de mente y corazón, por este colosal homenaje, nada menos que en el salón de la Constitución del Capitolio Nacional, con la entrega de muy honrosos pergamino y medalla y pronunciamientos generosos que exaltan mi vida. Estoy persuadido de que todo se debe a la munificencia de la venerable institución, y a la de mis amigos organizadores a quienes reitero mis agradecimientos.

Para todos, un afectuoso abrazo. Este solemne acto en el Capitolio Nacional estimula mis compromisos de lucha a favor de los derechos humanos, en especial de los indígenas Guahibos de Planas, Meta. En 1970 fui recibido en el Senado de la República, con algunos de ellos, a quienes acompañé para que expusieran sus denuncias en el sagrado recinto de la Vox Populi. Los asocio hoy a este acto. Cuando los conocí eran víctimas del despojo de sus tierras y sometidos a genocidio, según testimonio del padre Ignacio González, director de Caritas local, que pude confirmar, habiendo logrado entrevistar a algunos indígenas en la cárcel de Villavicencio. Estaban siendo despojados de sus tierras para extracción del petróleo.

Hoy la lucha indígena continúa. Me lo confirmó el periodista Miguel Ángel Estupiñan, quien hace una investigación del pueblo Sikuani, como también son conocidos los Guahibos. Según él, se enfrentan en la actualidad al avance de la explotación petrolera, que anunciamos décadas atrás, si bien en los 70, sus tierras fueron declaradas zonas de reserva; también avanzan otros intereses económicos foráneos: enormes plantaciones de palma de aceite y de caucho, así como modelos de negocio importados del Brasil para la cría de cerdos, a gran escala, que intervienen territorios colectivos, con un saldo de destrucción ambiental. Para mí esto es “adquisición por despojo”, típico del neoliberalismo e imperialismo.

A las presiones por parte de grupos armados en el pasado, hoy se suman las de sectores de la clase política local y de empresarios, interesados en hacerse con el botín electoral, que creen ver representado en las comunidades indígenas. “Con todo”, sostiene Estupiñan, “la herencia de las luchas de hace décadas permanece en la memoria del pueblo y estimula la labor de líderes conscientes de los desafíos que los sikuani tienen para enfrentar”.

Haré una breve reflexión sobre este problema del despojo de la tierra en Colombia, inspirado en dos legados fundamentales, cada uno con su “*sueño agrario*” de total actualidad para el logro de la paz.

Uno, el de mi entrañable amigo, Camilo Torres Restrepo, a quien también asocio al homenaje que se me rinde; en menos tres meses y medio él hubiera cumplido 90 años. Ha dejado un legado de acción, que le da prioridad a la eficacia en el amor al prójimo, aplicable en toda actividad solidaria.

El caso de Camilo es esclarecedor; era representante de la Iglesia en la Junta de Reforma Agraria. Allí conoció de cerca una oligarquía conservadora y liberal que no daría su brazo a torcer, especialmente cuando se discutía la extinción de dominio. Camilo llegó a la conclusión de que acabar con la violencia estatal, que ha estado históricamente a la raíz de las luchas guerrilleras, no se lograría por reformas del Estado; habría que establecer una sociedad participativa, solidaria y auténticamente democrática, mediante una alternativa solidaria popular, que aporte una dimensión estructural, holística a las luchas cotidianas, como decía François Houtart, nuestro entrañable amigo.

Ahora sabemos mejor que la violencia de los unos y de los otros, no es la solución, sino un diálogo auténtico, sin imposiciones.

“La Violencia llegó a ser explosiva en los años 40 y 50 del siglo XX, cuando el despojo de las tierras a los campesinos e indígenas agravó a niveles dramáticos la acumulación de la tierra en pocas manos, en medio de formas de violencia y crueldad aterradoras”, como nos recuerda el padre Giraldo en su excelente libro sobre Camilo, donde hace un lúcido análisis de su pensamiento, especialmente, sobre su *sueño agrario*, como lo llama el padre Giraldo, que “se podría realizar sin cambiar la Constitución”, como acota él mismo, “volviendo a repartir la tierra (sin indemnización) y consolidando la autosuficiencia alimentaria, estimulando el retorno al campo y mejorando las condiciones de este; reconociendo al Campesinado, sector social específico, tal como lo define la ONU en la Declaración de los Derechos de los Campesinos” ¹

El otro legado de acuciante actualidad, que antecede a Camilo con su propio “*sueño agrario*”, es el del Dr. Jorge Eliécer Gaitán, sometido al “memoricidio”, que sin descanso denuncia su hija Gloria, como delito de lesa humanidad, no por culto a la personalidad, sino para que se haga realidad.

Lograr que el proyecto científico y político de Gaitán, con su estrategia de lucha, galvanice hoy al pueblo, como en los años 40, nos llevaría a la sociedad participativa que estuvo “ad portas”. Parte importante de este legado son las leyes laborales y de tierras, que urgía Gaitán impaciente que impulsara el gobierno de Olaya Herrera.

En el discurso sobre *El país político y el país nacional* Gaitán, con su característica voz firme, pausada “in crescendo”, denunció la violencia con la que, durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez, se les estaba arrebatando la tierra a campesinos del país por parte de terratenientes.

Termino estas reflexiones, que mi condición de salud hace que sean breves. Mi indignación y compromiso contra la injusticia y la corrupción sigue intacta por el camino de la no-violencia.

Reitero mis agradecimientos a quienes han organizado este gran evento, y a todos y cada uno de los que han asistido. Será un recuerdo inolvidable, que me deja con renovadas fuerzas al servicio de una nueva Colombia, en lo que me quede de vida.

Gustavo Pérez Ramírez,